

PÉREZ MORERA, JESÚS: *Roque de Montpellier. Iconografía de los santos protectores de la peste en Canarias*. IV Centenario de la Advocación de San Roque en Garachico. 1606-2006. Santa Cruz de Tenerife, 2006.

Dentro de los actos programados con motivo de la celebración del IV centenario de la presencia en Garachico de San Roque, cuyo origen se vincula con la atroz epidemia de peste que diezmó la población entre 1600 y 1606, se proyectó una exposición bajo el título de *Roque de Montpellier. Iconografía de los santos protectores de la peste en Canarias*. El convento de San Francisco fue el encargado de acoger la muestra, que reunió numerosos ejemplares escultóricos y pictóricos, y que permaneció abierta desde el 20 de octubre hasta el 3 de diciembre de 2006. La exposición, comisariada por Jesús Pérez Morera, se articuló girando siempre en torno al mismo hilo conductor: los santos y su «papel» como intermediarios ante las calamidades, y quedó reflejada en el Libro-catálogo impreso al efecto, dividido —al igual que la muestra— en varios capítulos iconográficos. En el primero se analizó a los «*Depulsores pestilatis*, Sebastián, Roque y Lázaro», santos muy venerados en todas las islas, y cuyas ermitas se construían en los caminos de acceso a los pueblos, en lo alto de una colina o cerca del mar, pues de esa manera se creía que ellos actuarían como auténticos escudos protectores, impidiendo la entrada de la enfermedad.

«Roque en el camino. De Montpellier a Roma», constituye el segundo capítulo y viene a representar el periplo que el santo realizó desde su ciudad natal, Montpellier, hasta Roma, de modo que como *santo peregrino* su figura aparece asociada con la de Santiago apóstol, el arcángel San Rafael y San Francisco Javier.

Sus obras de caridad se analizan en el tercero de los capítulos, bajo el epígrafe: «La calidad heroica. *Factis, non verbis*». En esta ocasión San Roque se acompaña de otros santos que a lo largo de su existencia dieron pruebas de su caridad y auxilio para con los más necesitados. Llevando una vida dedicada al servicio y ayuda a los más enfermos y desprotegidos, San Diego de Alcalá, San Juan de Dios y San Carlos Borromeo prestaron su auxilio a los apesados, poniendo

en peligro sus vidas durante las epidemias que asolaron Roma, Granada y Milán, respectivamente, por lo que también son invocados ante este tipo de mal.

El cuarto capítulo «*Medicina Dei*. De la salud de los hombres», lo consideramos uno de los más interesantes, pues analiza la mediación de los santos ante la adversidad. En Canarias, como en otros lugares, era práctica muy arraigada «utilizar» a los santos, «obligarlos» a intervenir en el mundo terrenal siguiendo nuestro efímero calendario, e «intervenir» en el momento oportuno siempre que se solicitase su «presencia». Y por eso de nuevo San Rafael «acompaña» a San Roque: el *ángel médico*, convertido más tarde en el patrón de los boticarios, o San Antonio Abad, que poseía el don de sanar, llamado en su época como el *curador*; San Cristóbal, protector contra la peste y la muerte repentina, a quien se invocaba cuando se producía una muerte súbita sin confesión, la temida *mala muerte*. Además de otras presencias como las del Arcángel San Miguel, San Luis rey de Francia, San Nicolás de Tolentino, San Francisco Javier, Santa Rosalía de Palermo y San Juan Nepomuceno. Que la población —en general— acudiese a estos santos, no significa que los canarios —a título particular— no le pidiesen protección a sus devociones «más cercanas», como la Virgen de Candelaria o el Cristo de La Laguna, a quienes se les pedía de casi todo, pues para todo tipo de desgracias y calamidades servían.

Finalmente el capítulo dedicado a «El ángel y el hombre» contempla la presencia de los seres celestes que siempre han velado y protegido a los hombres. Desde el Ángel de la Guarda o *ángel custodio* que te «acompaña y vigila» desde el nacimiento, hasta aquel que consoló y ayudó en calidad de enfermero a San Roque en su enfermedad, o el que «suplantaba» en sus tareas agrícolas a San Isidro Labrador, arando la tierra mientras aquél rezaba. Idéntico papel ejercían los animales, que a modo de símbolo o *carta de identidad*, acompañan e identifican a muchos personajes del santoral cristiano, caso del perro, posiblemente el «amigo» más frecuentemente socorrido, pues él le llevaba un pan diario a San Roque que robaba de la mesa de su amo para que pudiera alimentarse durante su enfermedad,





igual que el cuervo alimentó al ermitaño San Pablo o al profeta Elías con el mismo alimento.

Desde la introducción Jesús Pérez Morera nos va desentrañando toda la «trama expositiva», explicándonos el porqué de la presencia de otras hagiografías en una exposición —en principio— dedicada a San Roque. Pero es que el santo francés, nacido en Montpellier en 1350, tiene con ellos muchas afinidades, lo que justifica su presencia en la misma. El texto, al margen de analizar cada una de las piezas expuestas, se enriquece con dos interesantes estudios. En el primero Lorenzo Santana Rodríguez analiza, con todo lujo de detalles, la presencia de la devoción por el santo francés en Tenerife en detrimento de San Sebastián, santo a quien durante la Edad Media se solía recurrir frente a este tipo de adversidad. Mientras, Jesús Pérez Morera y Juan Gómez Luis-Ravelo estudian con mimo y absoluto detallismo la presencia en Garachico de la pequeña imagen de San Roque venerada en su ermita, cerca del mar. Si bien es cierto que la devoción por el santo galo se constata desde 1583, no será hasta principios de la centuria siguiente que llegue a la ermita la imagen actual. Para los que nos dedicamos a la investigación en un archivo, que sabemos lo que es estar trabajando y leyendo a diario —*quemándonos las pestañas*, como comúnmente se dice— y, cuando ya lo das todo por perdido,

que consigas «ese» dato, de modo que la información que buscabas llegue a tus manos «casi sin esfuerzo», es todo un premio. Y casi con estas mismas palabras lo reflejaron los autores en el libro, pues cuando ya casi habían finalizado la redacción del catálogo les llegó a sus manos *un documento de capital importancia* que les permitió no sólo fijar con exactitud la llegada de la imagen —año 1604—, coincidiendo con la epidemia de peste bubónica que entre 1601 y 1606 diezmo la población de Daute—, su procedencia —Sevilla—, y el nombre de su donante, el licenciado Blas Toro Montesdeoca, fallecido a finales de 1604 a consecuencia de la cruel enfermedad, sino que confirmó lo que ellos habían «presentido» desde un principio, al estudiar la pieza atendiendo a su factura.

El texto se complementa con una nutrida representación fotográfica, donde se recogen todas las piezas que se expusieron, lo cual —sin duda— es interesante, máxime teniendo en cuenta que estas proceden de diferentes templos del Archipiélago, y algunas han sido cedidas por particulares, de modo que contar con un catálogo que recoja todas y cada una de estas obras constituye un importante aporte para aquellos que se dediquen a la investigación artística, dentro del apartado iconográfico.

Clementina CALERO RUIZ